

Anna; entonces sí podrán decir todos esos bribones: ¡hast la tierra tiembla! pero no porque haya de veras terremotos, sino porque ellos serán los que han de temblar en mi presencia,

CAPITULO XXVIII.

—
¡DEJENLE EL PASO LIBRE!

El destierro del general debía ser á perpetuidad, segun el decreto respectivo; pero al año, y despues de varios pronunclamientos, á que no habia sido extraño, ya estaba en la Habana en contacto con sus gentes de Veracruz y arreglando las cosas para dar á su regreso todo el aparato teatral que deseaba. Los generales Rejón, Tamariz y otros, formaban en el extranjero su corte y solo esperaban á un emisario de los miembros que formaban ahora gobierno, elevados por ellos mismos ó porsus intrigas, cuyo emisario ignoraban aún quien seria, para disponer su vuelta á la patria.

El comisionado del partido santanista llegó á la Habana en fines del mes de Julio: tal comisionado no era otro que el general Don Juan Nepomuceno Almonte.

Despues de los abrazos y frases correspondientes de saludo, dijo Almonte:

—Todos los amigos esperan con ansia el regreso de V. E.

—De modo que las condiciones que yo puse. . .

—Están allánadas. Aquí traigo el llamamiento hecho en forma por las guarniciones principales y por las comandancias. Ahora no habrá mas dificultades que vencer, que el bloqueo de los americanos.

Santa Anna se sonrió y sacando un papel de su cartera lo pasó á Almonte, el cual leyó una nota del ministro de Marina Mr. Bancroft, trascrita por el comodoro Conner, en que se leía entre otras, estas palabras: "Si el general Santa Anna llega á tener la pretensión de desembarcar en alguno de los puertos mexicanos, *déjesele el paso libre.*"

Por mas que Almonte no fuera escrupuloso, clavó una mirada recelosa en el benemérito, el cual dijo luego, quien sabe si para tranquilizarlo ó por agudeza:

—Los americanos repugnan la guerra y tienen alguna confianza en mi juicio y en mi patriotismo para alcanzar una transaccion; pero les juro á ustedes que la resistencia que yo les oponga ha de ser formidable.

Almonte en seguida les dió todos los informes detallados de los sucesos que se habian verificado en México desde la salida de Santa Anna que, concretándolos nosotros, habian sido los siguientes:

El general Rangel hizo un pronunciamiento en México á los siete dias de embarcado el Dictador, gritando "¡Santa Anna y Federacion!" pero aunque se apoderó momentaneamente del Palacio y aun de algunos miembros del gobierno, como el oficial Miramón encargado de aprehender al Presidente Herrera fué vencido por la entereza de este, que le cambió

el peloton de granaderos en su favor, el movimiento fué sofocado, el cabecilla preso, sentenciado á muerte y al fin perdonado.

El general D. José Joaquin de Herrera fué declarado Presidente constitucional el 14 de Septiembre, y desde luego se le autorizó para que contratara un empréstito de 15 millones para atender á la guerra con los americanos, que se creía inminente, y Paredes fué el general nombrado para mandar la vanguardia del ejército; pero ese jefe lleno de amor propio y siempre decepcionado porque de todos sus pronunciamientos, otros eran los que se habian aprovechado, en vez de marchar á la frontera, se pronunció en San Luis contra el Gobierno. Este lo supo á tiempo y obró con desidia y cobardía, cuando ni siquiera trató de evitarlo. En esas circunstancias el general Arista fué más patriota, porque estando descontento del gobierno al ser invitado por Paredes, contestó á éste que lo primero era salvar á la patria, y marchó á Texas con un puñado de hombres y sin recursos.

El pronunciamiento de Paredes prendió, como todos los pronunciamientos, principalmente luego que fué apoyado por las clases privilegiadas que le dieron prestigio y elementos pecuniarios. Estos sirvieron para corromper á las tropas de la capital, que mandadas por el general Valencia, dieron el grito de ¡viva Paredes! y el buen Herrera tuvo que salir tranquilamente del Palacio en un coche de sitio por entre los pronunciados que le abrieron paso, y se dirigió á su

casa situada frente á la Academia para presentar mas tarde su renuncia del poder constitucional, el cual no tuvo ni dos meses de existencia.

Almonte habia sido no solo testigo sino intermediario en las divergencias de Valencia y Paredes. El primero quiso birlar el poder al segundo, quien no se conformó con ser desbancado la tercera vez como en las anteriores en que tambien se habia pronunciado para ser Presidente, y anunció que pelearía hasta con Dios Padre, si no se le daba gusto, y se convino al fin en nombrarlo Presidente interino, pero resultó peor que todos los Presidentes, y de mas á mas, monarquista.

Al acentuarse las tendencias monarquistas de Paredes, Almonte, que era entonces algo republicano, se separó del Ministerio de la Guerra para consagrarse á trabajar por la vuelta de Santa Anna, único hombre, en su concepto, capaz de poner freno á las intrigas, de organizar la administración pública, y de dar buena direccion á la defensa nacional.

Desde ese momento y segun las instrucciones que ya se habian recibido del mismo general Santa Anna, como muy bien recordaria, empezaron á conspirar Gómez Fariás, Salas, Almonte y demás santanistas, haciendo que estallara el pronunciamiento de Yañez en Guadalajara, y otros varios por distintos lugares, hasta que el mismo Paredes dió bandera á la revolucion prescindiendo de sus planes monárquicos y mandando que se pusieran en vigor las desprestigiadas Bases Orgánicas. Salas se pronunció con una parte de la guar-

nición en los momentos en que la mayor parte del ejército estaba entretenido con la guerra de Texas, que ya habia pasado al suelo mexicano y cuando Paredes habia conseguido que se le diera licencia de ir á mandar personalmente todas las tropas.

Refirió los distintos incidentes de la nueva revolucion, que no les eran muy conocidos á las personas que formaban su auditorio: cómo Paredes, despues de tantas fanfarronadas, y cuando todavia contaba con soldados, huyó por la noche de la capital, dejando comprometidos á sus ministros, y cómo triunfante aquella reaccion, elevó interinamente al poder al general Salas, quien obedecia ciegamente á Gomez Fariás, segun las órdenes que habia recibido del caudillo libertador.

Santa Anna estuvo oyendo todos aquellos pormenores con religiosa atencion, y cuando Almonte hubo concluido, le dijo:

—Estoy satisfecho de la habilidad con que se han manejado todos ustedes. Ahora, mientras disponemos el viaje y mandamos emisarios que nos anuncien, usted mismo va á ocuparse en escribirme un buen Manifiesto, cargando la mano á las ideas monarquistas de Paredes, una vez que ahora tenemos que alargar un poco á los liberales.

Así fué como la misma mano de Almonte, que habia de ser uno de los principales apoyos de la monarquía mas tarde, escribió en el Manifiesto de Santa Anna los siguientes pasajes, que citamos á saltos:

"Siendo, pues, estos inconvenientes de tal natura-

raleza, que hacen casi imposible el establecimiento de la monarquía en el país, se ha procurado, para vencerlos, complicar de todos modos las cosas de la República, no permitiéndola constituirse en el interior, y agravando en el exterior la difícilísima cuestión de nuestras fronteras septentrionales. Así es que la *facción promovedora de aquel proyecto parricida* habiendo logrado lo primero por muchos años de artificios y amaños, se propuso últimamente llevar á cabo la segunda *provocando de una manera casi directa al gobierno de los Estados Unidos á alzarse con nuestro rico departamento de Texas.....*

“No, mexicanos: nada de transacciones con un partido cuya conducta ha sido un tejido de crueles alevosías para la Patria; nada con él, por lisonjeras que sean sus promesas, y *cualesquiera las formas de que en lo sucesivo se revista.* [Y luego agrega, como si se retratara á sí mismo:]“procuró buscar su salud en sus acostumbrados amaños; proclamó principios que detestaba; se alió con bastardos republicanos y se ostentó amigo de la libertad para así evitar su justo castigo, conservarse en el poder y continuar minando el edificio levantado sobre la sangre ilustre de los Hidalgo y Morelos.....”

También se hizo cargo á Paredes de haber nombrado once obispos y diez y ocho canónigos, con facultades para que mandasen sustitutos de su confianza á las asambleas.

Al llegar á Veracruz, cuya entrada le dejaron franca los buques americanos que bloqueaban al puerto, se-

gun las órdenes superiores, Santa Anna publicó su manifiesto y luego se dirigió á su otra hacienda del Encero, en donde había de recibir las numerosas comisiones que habían de acudir á suplicarle que se encargara del poder, puesto que hacerse siempre mucho del rogar entraba en su programa, como amante que era de hacer comedias.

Almonte, en cambio, con instrucciones de su señor, se dirigió luego á México, para encargarse del Ministerio de la Guerra.

—Ya sabe vd., le dijo Santa Anna al despedirlo, cuál es ahora el programa. Como á veces se dá todo el vino que quieren á los borrachos para que se ahoguen, así nosotros vamos á darles democracia á los políticos. Ahora nos hemos de presentar muy descamisados, hasta que se asusten las clases acomodadas y nos griten todos: “¡Por Dios, ya no queremos tanta libertad!”

Y así fué como Santa Anna entró á México vestido con mucha sencillez, enarbolando un cuadro de la Constitución de 24 y permitiendo que el pueblo, el verdadero pueblo le rodeara, y lo abrazara, y lo acompañara al interior del mismo Palacio; y así fué como renunció al banquete que se le tenía dispuesto, y dejó que los clubs republicanos se desgañitaran y que las prensas sudaran tinta, y, en fin, así fué como se vió que el se negara á ocupar la Presidencia, diciendo que solo había venido como soldado á pelear por la patria.

—No, señores, les dijo á sus amigos Farias, Rejon, Baranda, Rosso, Cerecero y demas que estaban reu-

nidos en torno suyo, después de haber cenado todos juntos en su residencia de Tacubaya, yo no he de permanecer aquí sino el tiempo absolutamente preciso, unos ocho días cuando mas, que son los que necesito para dictar mis disposiciones: me propongo no dejar por acá ni un soldado para evitar los pronunciamientos, y concentraré en San Luis Potosí veinticinco mil hombres que son los que necesito para arrojar á los americanos de nuestro territorio; para mantener ese ejército, solo pediré trescientos mil pesos mensuales que quiero se me aseguren con buenas garantías, directamente, esto es, que los contratistas se entiendan conmigo, sin ninguna intervencion del gobierno.

— En cuanto á Paredes, agregó despues, estoy conforme en que se le deje ir á un destierro perpétuo, por mas que á causa de su desprestigio se encuentre muerto en la opinion.

Salas, obsequiando los deseos del Dictador, (Santa Anna seguia siendo el mismo Dictador de siempre desde su casa de Tacubaya,) confinó á Paredes al extranjero.

El pobre manco, y efectivamente estaba pobre Paredes, porque todo lo jugaba y habia sido desprendido, en el poder, se mostró no solo inepto para gobernar, sino débil é insignificante en su caída.

— Otro golpe he meditado para que se afiance mi popularidad, siguió diciendo Santa Anna á sus amigos íntimos: voy á decir á Salas que mande quitar mi estatua de bronce de su pedestal, y que se sustituya con las armas de la República.

Efectivamente, la estatua de Santa Anna habia sido repuesta en el Volador, y fué quitada nuevamente á petición del grande hombre, lo cual se comentó con pomposos elogios sobre su modestia.

Y tambien hay que hacer notar que mientras se cantaba el Te Deum en la Catedral de México, y el Gobierno gastaba los pocos fondos que tenia, en hacer fiestas á Santa Anna, los defensores de Monterrey, abandonados á su suerte, sucumbian ante los americanos, á la vez que estallaban por todas partes las asonadas militares de costumbre.

Santa Anna se habia metido en la cama, pretextando enfermedad, para desde allí estar dirigiendo las intrigas que se sucedian en Palacio con vertiginosa rapidez: á su secretario particular, á los Ministros, al Presidente Salas, á los eclesiásticos, á los periodistas, á los generales, á todos los movía como piezas de tablero.

— ¿Por fin, optó Farías por la cartera de Hacienda ó por la Presidencia del Consejo? preguntaba á su secretario.

— Ya se encargó de la Presidencia del Consejo, bajo la inteligencia de que se quedará de Presidente de la República, segun el ofrecimiento de V. E.

— ¿Ya llegó Haro y Tamariz?

— Vino á ver á V. E.; pero se le contestó que V. E. estaba durmiendo, y se le dieron las instrucciones. Ahora debe estar entrando al Ministerio.

— ¿Y las Brigadas?

— Salieron esta mañana para S. Luis Potosí, pero llevando muy pocos recursos.

—Eso de los recursos es lo que mas me inquieta, porque ninguno de nuestros hombres tiene crédito, y los que tienen el dinero no se azoran todavía con las amenazas de los rojos. Será, pues, necesario tomar otro camino.

El secretario guardó silencio, pero Santa Anna continuó á poco, como iluminado por una gran idea:

—Vaya vd. á ver de mi parte al redactor del *Diario Oficial*, y dígale que publique una serie de artículos, diciéndole al clero lo más enérgicamente que le sea posible, que si no se apresura á hacer un empréstito razonable, el pueblo mismo irá á saquear sus cajas: que el Gobierno está resuelto á dejar á un lado las contemplaciones y á sacar los recursos de donde los haya, para la guerra. *Necitas caret legis*.

Gran esfuerzo hizo Santa Anna para soltar ese latín, que fué repetido en los artículos, lo mismo que los otros de *Vox populi vox Dei*, *Annibal ad portas*, *Ultima ratio regum*, *Aures habent et non audient* y otros.

Los artículos salieron y levantaron una polvareda inmensa; pero el cabildo eclesiástico siguió teniendo orejas de mercader.

El *Diario Oficial* fué mas explícito, y dijo: “Pequeños sacrificios que haga el clero hoy, en union de los propietarios, bastarán para que nuestras tropas, tal vez en una sola accion, dejen afianzada la independencia, el honor nacional y la responsabilidad futura de la República.”

¡Nada! el clero enterró en agujeros mas profundos sus tesoros.

Entonces se recurrió á un medio menos eficaz, pero mas barato para ahuyentar á los americanos que venian avanzando por todas partes, favorecidos por la guerra civil y por la ineptitud del Gobierno. Ese medio fue el de que el señor Ministro de Justicia se dirigiera al vicario capitular, rogándole que mandara hacer un novenario á Nuestra Señora de los Remedios, con sermones alusivos y rogaciones en todas las iglesias, para que desaparecieran las calamidades públicas.

Santa Anna, que vió pasar no solo los ocho días que fijó para ponerse en campaña, sino varias semanas, salió como pudo de México, sin los elementos que se habia propuesto, y lo peor de todo, dejando la política muy alborotada, pues que los ministros estaban desavenidos entre sí, lo mismo que con el Presidente Salas, quien á su vez habia disgustado á Santa Anna, por haberse negado á entregar el poder á Farias, pareciendo el Palacio una verdadera casa de locos.

No habiendo valido los motines verificados en las calles de México, las amenazas de los periódicos, las rogaciones en las iglesias, las juntas privadas, ni los manifiestos para conjurar el peligro, se expidió una ley terrible sobre contribuciones, á la cual tampoco nadie hizo caso.

Pero lo mas negro de todo fué que Santa Anna se estacionó en San Luis con tanta calma, como si no tuviera ningun enemigo al frente que combatir, una vez que, en lugar de preocuparse de sus tropas, se ocupaba solo en las intrigas, en el juego y en los amóros, sin hacer preparativo alguno ordenado para la campaña, dan-

do tiempo á que terminara el armisticio pactado en la capitulacion de Monterrey, y no solo esto, sino que dictó medidas descabelladas á montones, y entre ellas la evacuacion de Tampico, que nadie atacaba, en donde se perdieron cuantiosos elementos de guerra. Todavía hizo mas: una Division americana mandada por el general Quitman, proveniente de Monterrey, se dirigió por Victoria á Tampico, y al pasar por la sierra iba completamente cansada y desmoralizada. Los vecinos de los pueblos se ofrecieron á concluir con ella, y cuando Valencia se preparaba con buenas tropas, ayudado de infinidad de paisanos armados, á caer sobre aquel enemigo con seguridad completa de exterminarlo, se recibió una orden terminante de Santa Anna, prohibiendo todo lance de armas, lo cual ocasionó que todos los voluntarios se desbandaran.

El Gobierno americano supo bien lo que hizo cuando dijo á su comodoro: "Déjese el paso libre al general Santa Ana."

CAPITULO XXIX.

SU ALTEZA SERENISIMA.

Todos sabemos cómo terminó aquella desgraciada guerra en que fueron sacrificadas tantas víctimas, tantos mexicanos valientes y abnegados, por la cobardía, la mala fé y la torpeza de los que mandaban, no menos que por la falta absoluta de patriotismo en los que pudieron ayudar con buenos recursos, teniendo por epílogo el vergonzoso tratado de Guadalupe. Hombres mas hábiles, menos fátuos, ó mejor inspirados por un sano amor á la patria, habrían alcanzado antes grandes ventajas con pequeños sacrificios, una vez que los americanos estuvieron clamando por un avenimiento que los alejara del terreno de las violencias.

Echemos ya un espeso velo sobre tantos errores ó sobre tantas ignominias, que hacen hervir la sangre